

**SIRI
HUSTVEDT**
**LOS
ESPEJISMOS
DE LA
CERTEZA**

Reflexiones sobre la relación entre el cuerpo y la mente

**CERTEZA
DE LA
ESPEJISMOS
LOS
HUSTVEDT
SIRI**

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Siri Hustvedt

Los espejismos de la certeza

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Título original: *The Delusions of Certainty*

© Siri Hustvedt, 2016

© por la traducción, Aurora Echevarría, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-322-3789-8

Depósito legal: B. 2.867-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Revisión y asesoramiento técnico: Casto Rivadulla, NEUROcom, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad de A Coruña

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ENTRANDO Y SALIENDO

A pesar de las predicciones entusiastas de que las innovaciones tecnológicas abrirán paso a los úteros artificiales y a la vida eterna, sigue siendo cierto que todos los seres humanos nacemos del cuerpo de nuestra madre y morimos. Nadie escoge nacer, y aunque algunas personas deciden morir, muchas preferiríamos no hacerlo. Los principios y los finales, la vida y la muerte, no son conceptos simples. Determinar cuándo empieza la «vida» es desde hace mucho una cuestión filosófica, así como el objeto de un debate político enardecido. También hay confusión acerca de qué define la «muerte», aunque, en cuanto un cadáver empieza a pudrirse, se desvanecen todas las dudas. Todos los mamíferos se originan en un espacio materno. Aun así, este hecho evidente, que un feto, algo que hemos sido todas las personas, se encuentre conectado físicamente a su madre y no pueda sobrevivir sin ella, ha desempeñado un papel relativamente pequeño en la corriente dominante del pensamiento filosófico y científico en torno a qué somos los seres humanos.

Se han escrito innumerables libros sobre por qué y cómo surgió en la historia de Occidente la idea del hom-

bre autónomo, independiente y libre que forja su propio destino. Muchos de ellos tratan de cómo las ideas históricas moldearon la conciencia de poblaciones enteras y se quedaron ya entre nosotros, y de si el ideal humanista, que en general se considera que empezó con el Renacimiento (llamado así, por supuesto, con posterioridad) y culminó en la Ilustración, es bueno, malo o ambas cosas. En general, estos libros tienen poco o ningún interés para la biología. Aunque dan por supuesto que las realidades biológicas existen —¿cómo podría influenciar a alguien una idea sin una mente y un cuerpo que la reciban?—, a menudo omiten la complejidad material de los seres vivos. Sin embargo, la biología también se basa en conceptos, en los conceptos de la vida y la muerte, el principio y el fin, y los límites de una criatura. Uno de esos límites es la piel que cubre a un ser humano, que está compuesto de miles de millones de células. Una bacteria, en cambio, es un organismo microscópico y por lo general unicelular que consume nutrientes, se multiplica y se convierte en una colonia con su propia morfología (forma y estructura) y movimiento. La ciencia se encarga de crear buenos modelos y de trazar límites que dividen la naturaleza en fragmentos comprensibles que se pueden clasificar, nombrar y probar. A veces, las clasificaciones y los nombres pierden relevancia, y los científicos adoptan un modelo con nombres nuevos que se adaptan mejor a sus necesidades. Sin embargo, es esencial distinguir unas cosas de otras. A veces es difícil aislar algo. A veces sus límites no son evidentes. Es interesante, en este contexto, descubrir que los científicos saben poco de la placenta, que en los últimos años se ha descrito como poco conocida, infravalorada e incluso como «el órgano neuroendocrino perdido».¹ Lógicamente, cuando a una persona, cosa u órgano

del cuerpo se le da el estatus de «injustamente ignorado», suele servir de reclamo para alertarnos de que los tiempos han cambiado. La placenta es un órgano limítrofe entre la madre y el feto. Es una estructura compuesta que a veces se describe como un órgano «fetomaternal» porque se desarrolla a partir de los tejidos de la madre y del embrión. Ocupa un espacio intermedio dentro del espacio materno.

La placenta suministra nutrientes y oxígeno al feto, elimina sus residuos, le proporciona protección inmunológica, produce la hormona progesterona y tiene dos sistemas circulatorios sanguíneos, uno para la madre y otro para el feto. Por sus múltiples funciones, un embriólogo se refirió a ella como «el tercer cerebro» en gestación.² El intestino humano, o el sistema nervioso entérico —estómago, esófago, intestino delgado y colon—, se ha ganado el sobrenombre de «el segundo cerebro»; hoy día parece que está de moda que aparezcan cerebros en distintas partes del cuerpo. La placenta sólo se desarrolla en las mujeres, concretamente en las embarazadas, y es un órgano transitorio. Cuando finaliza su cometido, al nacer la criatura, es expulsada del cuerpo de la mujer. De ahí que en inglés también se la conozca con el término de *after-birth*, «después del parto».

Desde la revolución científica, el lema «divide y vencerás» se ha ofrecido como un camino hacia la comprensión, pero ésta depende en gran medida de las divisiones que se hagan. Una vez, en la facultad de medicina, asistí a una charla titulada «Physiology of Normal Labor and Delivery» [La fisiología del parto y el parto normales] en la que escuché una frase que me intrigó: «Los pasos mecánicos que da el bebé pueden dividirse arbitrariamente y, desde el punto de vista clínico, suelen fragmen-

tarse en seis u ocho para facilitar el debate. Sin embargo, hay que entender que estas distinciones arbitrarias se dan en un continuo natural». ³ El médico nos dice, aunque torpemente, que lo que da el bebé en el parto y el parto son «pasos mecánicos», pero luego se carga su propia declaración al afirmar que esos mismos pasos pueden dividirse en otros arbitrarios. Si los pasos mecánicos son arbitrarios y en realidad no reflejan el continuo natural, que, como continuo, se resiste al concepto mismo de «paso», entonces no es correcto empezar la frase con las palabras «pasos mecánicos». Los «pasos» son un término de conveniencia que se emplea para dividir un proceso indivisible, a fin de que pueda hablarse con más facilidad de él. No es difícil que una persona se pierda ante la mala prosa. No obstante, tengo la impresión de que el lenguaje del autor revela no sólo su ambivalencia sobre cómo fijar límites entre una cosa o «paso» y otra, sino también su deseo de asegurarse de que sus estudiantes de medicina advierten la diferencia entre las categorías utilizadas en la medicina y los procesos dinámicos a los que se refieren, en este caso, el parto y el parto.

El lenguaje es importante y engendra continuamente metáforas. Por ejemplo, ¿cómo se explica que una placenta sea un tercer cerebro? Samuel Yen, el acuñador del término, presentó la placenta como un complejo mediador entre el cerebro de la madre y el cerebro fetal inmaduro, un cerebro intermediario de vida corta con facultades sorprendentemente sofisticadas para regular el entorno fetal. En el lenguaje que se utiliza para describir lo que *hace* la placenta, hay palabras que se refieren a «el primer cerebro», así como a otros sistemas corporales: «mensajes», «señales», «comunicación» e «información». No es descabellado preguntar qué papel desempeña la idea de

«la mente» en toda esta señalización sistémica. Aunque resulta extraño ver en la placenta algún parecido con una mente, no lo es tanto pensar en ella como una especie de cerebro, otro órgano físico intrincado y complejísimo que sigue siendo muy poco conocido. Cuando el cerebro de una persona deja de funcionar, ¿no se va la mente con él aunque el corazón bombee y los pulmones trabajen? ¿Está muerta? ¿O es necesario detener toda clase de «comunicación», todo movimiento biológico, para que una persona esté realmente muerta y empiece a descomponerse?

¿Qué importancia tiene para la mente, si es que tiene alguna, el hecho de que los mamíferos se gesten dentro de otro cuerpo? ¿Qué tiene que ver esta realidad biológica con cómo se desarrolla un mamífero con el tiempo? Nacemos de alguien, pero no morimos de dos en dos. Morimos solos, aunque a veces un cónyuge, un compañero o un amigo sigue rápidamente a su ser querido a la tumba. La expresión para referirse a este fenómeno es «morir de pena». Los seres humanos dejamos a nuestra madre para salir al mundo, y abandonamos este mismo mundo cuando nuestro cuerpo de una manera u otra se apaga. ¿Se puede afirmar que una mente y la conciencia que la acompaña comienzan al nacer y terminan en la muerte? ¿Dónde se encuentra exactamente la mente en el cuerpo? ¿Es el cerebro el único órgano que piensa o hay otros que de algún modo también lo hacen? ¿Qué es pensar? ¿Por qué algunos científicos contemporáneos están convencidos de que a través de las mentes artificiales se puede vencer a la muerte, no en un paraíso celestial, sino aquí en la tierra? Viejos interrogantes sin una respuesta fácil que me transportan al siglo xvii y a algunos de sus filósofos famosos y no tan famosos que se esforzaron por averiguar qué es nuestra mente y cómo está relacionada con nuestro cuerpo.

LAS BATAS, LOS TRIÁNGULOS, LAS MÁQUINAS, LA MENTE EN LA MATERIA Y LOS GIGANTES

Desde la primera vez que leí las *Meditaciones* de René Descartes, hace casi cuarenta años, conservo la siguiente visión del filósofo: recostado en una butaca mullida, con una bata de brocado de terciopelo y un gorro de dormir, zapatillas y unas gafas sobre la nariz, que podría o no haber llevado, aunque el hecho de que realizara descubrimientos en óptica sea tal vez lo que explique su presencia en mi imagen mental. No aparece ante mí como una persona de carne y hueso, sino como un dibujo de los que haría Phiz, el ilustrador de Dickens, dos siglos después. Esta imagen de Descartes es una caricatura, y acude a mi mente cuando pienso en la duda radical. En su «Primera meditación» (1641), el filósofo se pregunta si hay algo que pueda saberse con certeza. Desde luego, no puede dudar de que «estoy aquí, sentado junto al fuego, con una bata de invierno y este papel en las manos», escribe.¹ Sin embargo, no está nada seguro de estar junto al fuego. ¿Acaso no había tenido sueños parecidos, se pregunta, en los que se veía sentado junto al fuego envuelto en su bata y se creía que era la realidad? Como Platón antes que él,

Descartes desconfiaba del conocimiento que le llegaba a través de los sentidos.

Después de adoptar una posición de duda absoluta respecto a su propia existencia y todo lo que hay en el mundo que lo rodea, el filósofo guía al lector a través de una serie de argumentos con los que alcanza la certeza, verdades que han llegado a él mediante un proceso de pensamiento puramente racional. La certeza de Descartes también ha dejado en mi mente una imagen que viene del propio filósofo: un triángulo, la misma figura geométrica con la que Platón solía preconizar su teoría de las formas. Mi triángulo es ingrávito y no se mueve, está suspendido en el aire. Sin duda es así como me lo imaginé la primera vez que me encontré con el triángulo del filósofo, que desempeña un papel en su argumento ontológico de la existencia de Dios. «Cuando, por ejemplo, me imagino un triángulo, aunque tal figura no exista en ninguna parte fuera de mi pensamiento, posee una naturaleza, esencia o forma inmutable y eterna que ni ha sido creada por mí ni depende de mi pensamiento.»² Para Descartes, las matemáticas, la lógica y la metafísica son universales, inmutables y, por lo tanto, incorpóreas. La mente, o el alma, alberga ideas innatas o *a priori* que no son tuyas. Podría decirse que, para el filósofo del siglo XVII, el razonamiento y Dios van unidos. Las matemáticas residen en un espacio trascendente que no está contaminado por el cuerpo mortal y sensual, el que usa batas y se calienta los pies junto al fuego. De mi catálogo mental de imágenes recurrentes, escojo el triángulo cuando quiero evocar una imagen de verdad estática, atemporal e incorpórea. La idea de que en el número está la verdad es más antigua que Descartes y Platón. En el siglo V a. C., los pitagóricos ya enseñaban que los números rigen el universo.

La sensación y la imaginación tienen un lugar en la filosofía de Descartes, pero sólo con la ayuda de nuestra mente los actos de ver, sentir, tocar, degustar, oler, oír e imaginar hacen que comprendamos las cosas. El cuerpo, con sus recuerdos, fantasías y pasiones, interactúa con la mente, pero no están hechos de lo mismo. La separación psique/soma sigue siendo habitual en la cultura contemporánea. «Todo está en tu mente» es la forma abreviada de decirle a un amigo que su problema es «psicológico» o «mental». Una fractura en una pierna, por el contrario, es un problema «físico» que puede requerir recolocarla y escayolarla. Pero ¿de qué están hechos los pensamientos? ¿Y de dónde vienen si no es de nuestro cuerpo? Cuando era niña, los pensamientos sobre pensamientos a veces me llegaban de forma repentina en los momentos en que el mundo se volvía irreal para mí y yo misma me sentía también irreal. ¿Y si no soy Siri? ¿Y si soy una persona que aparece en el sueño de otra persona? ¿Qué pasaría si el mundo fuera un mundo dentro de otro mundo dentro de otro mundo? ¿Qué somos en realidad los seres humanos y cómo podemos averiguarlo? ¿Cómo es que podemos hablar con nosotros mismos dentro de nuestra cabeza? ¿Qué son las palabras?

Para Descartes, el principio *cogito ergo sum* («pienso, luego existo») sólo se refiere a los seres humanos. Los animales no piensan. Son criaturas sin alma y, por lo tanto, sólo están hechas de materia, son simples máquinas. Según el filósofo, toda la materia tiene una extensión. Los pensamientos no. La materia ocupa espacio y está hecha de «corpúsculos» diminutos, partículas esenciales semejantes a los átomos, pero sin serlo. Como muchos pensadores de su época, Descartes estuvo influenciado por el atomismo antiguo de Epicuro y Demócrito, para quienes

el mundo estaba compuesto de átomos, cuerpos duros de materia que se movían en un vacío. Descartes tuvo que distanciarse del atomismo antiguo porque en él no había cabida para el Dios cristiano o un alma-mente eterna, y él no aceptaba la idea de un vacío. En una carta que dirigió al padre Mersenne en 1630 describía sus corpúsculos: «Mas no es preciso imaginarlos como átomos, ni como si tuviesen alguna dureza, sino como una sustancia extremadamente fluida y sutil...».³ A diferencia de los antiguos átomos, los corpúsculos son blandos. Los átomos permanecen entre nosotros de otra forma, pero es interesante que la imagen de los átomos modernos también haya cambiado desde que yo iba al colegio y miraba su maqueta con los neutrones y los electrones dando vueltas alrededor, la cual me recordaba otra maqueta que también había estudiado: el sistema solar.

Muchos pensadores siguen aceptando el legado de Descartes. Las preguntas que él planteó sobre de qué estamos hechos los seres humanos, nuestra relación con el mundo, qué es innato en nosotros y qué adquirimos a través de la experiencia sensorial y vivida, y si hay verdades inmutables y atemporales, continúan acechando la cultura occidental. Casi todo el mundo cree intuitivamente que los pensamientos existen aparte del cuerpo. Una y otra vez, en toda clase de escritos, tanto académicos como divulgativos, se distingue entre lo psicológico y lo fisiológico. Pero ¿son diferentes o son lo mismo? ¿Cómo se relaciona un pensamiento con las neuronas del cerebro? ¿La forma del triángulo estaba ahí fuera, en el universo, esperando a ser descubierta? Hoy día hay personas que creen en la verdad del triángulo y defienden la idea de que la lógica y las matemáticas trascienden la mente humana, y otras que no.